

decían un “ajuste automático” de los mercados hecha durante los últimos años por la mayoría de los economistas educados en la teoría neoclásica y que ha sido una de las causas más importantes del clima de irresponsable optimismo que reinaba entre los agentes financieros, reguladores y personas comunes.

Por último, en relación con la evaluación que realizan los autores de la globalización es cierto que no tiene sentido atribuirle la crisis como una consecuencia necesaria de su lógica intrínseca. El hecho de que se amplíe el intercambio comercial y financiero entre los países y que esto provoque ciertos desequilibrios parciales, no significa que el sistema lleve necesariamente a la exclusión de los países pobres, a cada vez más desigualdad dentro de los países y finalmente a un desequilibrio total del sistema por exceso de acumulación en algunas partes y exceso de endeudamiento en otras como está ocurriendo con esta crisis. Por el contrario, la globalización ha logrado en principio que la acumulación de capital que existía únicamente en la región norte-atlántica del mundo se haya ido expandiendo a otras regiones impensadas de Asia, América Latina o África y haya puesto incluso en peligro el equilibrio interno de varios países desarrollados. Defender, por tanto, una vuelta a una economía proteccionista detendría este proceso de circulación de capitales tan importante especialmente para los países pobres.

Sin embargo, la alabanza casi sin restricciones que Alesina y Giavazzi hacen de la globalización, no tiene en cuenta dos problemas que ésta ha demostrado en los últimos años: el de su velocidad y el de su calidad. Esto se hace evidente –como señala el economista y actual ministro de Finanzas italiano Giulio Tremonti– cuando se compara el larguísimo tiempo (¡50 años!) y la complejidad de elementos que implicaron la creación del mercado común europeo, con el frenetismo y la hipersimplificación con que se llevaron adelante los procesos de desregulación, privatización y apertura comercial en la globalización iniciada en los años 80. La crisis actual no es consecuencia

de la globalización *per se*, pero sí de su implementación excesivamente rápida, superficial, con reglas malas o ausentes, con una relación muy defectuosa entre el mercado, la sociedad civil y las instituciones políticas y, sobre todo, con una mala vinculación con la naturaleza y los valores diversos y comunes a las diferentes culturas. No bastará, es cierto, con aplicar mejores regulaciones. Pero no alcanzará tampoco –como sostienen los autores– con mejorar la competitividad y la productividad: es necesario que el sistema financiero y la economía global abandonen su ritmo antinatural y frenético y se encauce su desarrollo respetando los límites de la naturaleza, de la persona y de la vida.

Carlos Hoewel

¹ Los fragmentos citados fueron traducidos al castellano por el autor de la reseña.

THE ETHICS OF MONEY PRODUCTION

Jörg Guido Hülsmann
Ludwig von Mises Institute, Auburn, Alabama, 2008,
280 pp.
ISBN: 978-1-933550-09-1

Guido Hülsmann aborda en este libro un tema de urgente actualidad pero al mismo tiempo totalmente olvidado. Tanto la moral como la economía se han ocupado ampliamente de cuestiones monetarias. Sin embargo, la moral cristiana contemporánea se ha ocupado principalmente de la *adquisición* y el *uso* del dinero, pero no de su *producción*. La carencia es más notable aún en lo referido a las instituciones modernas, en particular los bancos, los bancos centrales y el papel moneda. Tampoco la ciencia económica moderna ha tratado suficientemente el tema de la producción de dinero y, por lo tanto, no resulta muy útil para comprender los problemas espirituales y morales respectivos.

El autor, economista “austríaco” y católico, integra tres elementos en su análisis: a) la tradición realista sobre el dinero y la banca cuyo gran pionero fue Nicolás de Oresme (siglo XIV) y hoy es continuada por la escuela austríaca; b) la teoría austríaca sobre la banca y el papel moneda, y c) la perspectiva ética de la tradición escolástica.

El libro consta de tres partes: la primera trata de la producción natural de dinero, la segunda sobre la inflación, o sea, la perversión de la producción natural de dinero, y en la tercera se aplican las distinciones precedentes al análisis de los sistemas monetarios de occidente desde el siglo XVII.

La ética de la producción de dinero, aunque hoy en día parece un tema inexistente, ha sido no obstante estudiado y desarrollado por teólogos y moralistas hace siglos. Se destacan el ya mencionado Oresme y el jesuita Juan de Mariana en el siglo XVII. Pero en aquella época el dinero consistía en metales preciosos acuñados en forma de moneda. Su producción podía respetar la justicia o no. Por ejemplo, si la moneda acuñada debía contener 1 onza de plata pero en realidad tenía menos, el productor de moneda estaba cometiendo un fraude. Oresme y Mariana denunciaron ese tipo de fraudes cometidos frecuentemente por los príncipes. Pero hoy el dinero es simplemente papel y ninguno de los “papeles” que producen los bancos centrales están alterados o son falsos. ¿Quiere decir esto que ya no existe el problema moral en la producción de dinero? Dice Hülsmann:

“La producción de dinero es por lo tanto un problema de justicia en un doble sentido. Por un lado, las instituciones modernas de producción de dinero dependen del orden legal imperante y así caen dentro de una de las más íntimas áreas de lo que ha sido llamado justicia social. Por otra parte, el orden legal vigente es él mismo el problema que causa la inflación perenne. Monopolios legales, leyes de curso forzoso y la suspensión de pagos legalizada se han convertido sin quererlo en instrumentos de injusticia social. Ellos producen inflación, irresponsabilidad y una ilícita distribución del ingreso,

por lo general de los pobres hacia los ricos. Estas instituciones legales no pueden ser justificadas y deberían ser abolidas de una vez. Esta abolición probablemente implicaría la eliminación de las instituciones monetarias que predominan en nuestra época: bancos centrales, papel moneda, y banca con reserva fraccionaria. Pero lejos de ser visto esto como un acto de destrucción, semejante acontecimiento puede ser bienvenido como una restauración de la cordura monetaria y como una condición necesaria para una economía más humana” (p. 6).

El autor señala que durante los últimos 150 años, varios intelectuales cristianos –y católicos en particular– criticaron las instituciones económicas del mundo moderno –muchas veces con razón– pero lamentablemente adhirieron a doctrinas pro-inflacionarias que se pusieron de moda de nuevo durante la Gran Depresión. Y esto, a su vez, vició su valoración moral de las modernas instituciones monetarias. Las interpretaciones equivocadas sobre el rol económico de la oferta monetaria han viciado los esfuerzos de los estudiosos para desarrollar una valoración moral convincente sobre las modernas instituciones monetarias.

En la primera parte, Hülsmann también discute los principales argumentos que se han levantado contra la producción natural de dinero: favorecer el crecimiento económico, el problema del atesoramiento, la lucha contra la deflación, los precios inflexibles, la estabilización de precios, etc. La conclusión es que no hay argumentos sólidos para impedir que la gente escoja libremente el sistema monetario que mejor le permita satisfacer sus necesidades.

En la segunda parte del libro, la inflación es definida como “la extensión de la cantidad nominal de un medio de intercambio más allá de la cantidad que se hubiera producido en el mercado libre” (p. 85). Lo destacable de esta definición, para una evaluación moral de la inflación, es que ésta aumenta la cantidad nominal de la oferta monetaria a través de la violación de los derechos de propiedad. El autor muestra que la inflación es la causa de las diferencias

anormales de ingresos, los ciclos económicos, la explosión de deuda, los moderados y exponenciales incrementos del nivel de precios y otros fenómenos.

Merece destacarse el capítulo XIII dedicado al legado cultural y espiritual de la inflación. El autor sostiene que cuando la inflación se hace permanente por decreto gubernamental, entonces pueden observarse la formación de instituciones y hábitos específicos, es decir, la inflación deja una marca cultural y espiritual negativa en la sociedad.

Finalmente, Hülsmann realiza una evaluación de las coincidencias entre la Doctrina Social de la Iglesia y el capitalismo tal como es entendido por la escuela austríaca de economía. Aclara que cuando los austríacos defienden el capitalismo, no intentan justificar los sistemas económicos que prevalecieron en el así llamado occidente “capitalista” en el siglo XX. Al contrario, la escuela austríaca siempre subraya que esos sistemas se desviaron del ideal capitalista de muchas maneras y que esas desviaciones fueron perjudiciales para la sociedad y sus miembros. Concretamente, los excesos por

los cuales el capitalismo es habitualmente criticado son en buena medida atribuibles al sistema monetario y bancario vigente, que se sustenta en un sistema legal que viola los más elementales principios de la ética y la economía de mercado.

Las instituciones monetarias de nuestro tiempo necesitan una reforma urgente. Pero desafortunadamente la alternativa de volver a la producción natural de dinero y al respeto por la justicia y los derechos de propiedad, no está en la agenda del *establishment* mundial.

Hülsmann sabe, muchos pensarán, que semejante cambio no es ya posible en la actualidad, pero advierte que ese punto de vista –enteramente derrotista– implica dar por sentado el desastre venidero de la hiperinflación o la tiranía global.

Un libro que sin duda merece ser leído y estudiado. Sólo cabe esperar que las objeciones que pueda suscitar en el ámbito académico se dirijan a contestar sus argumentos y no a establecer simplemente, sin más discusión, que se trata de una postura utópica.

Gustavo Hasperué